

Una dama encrucijada: Marcela del Río

Adolfo Castañón

El mundo es un pañuelo, y hay personas que nos revelan esta verdad como un ejemplo vivaz, y como una certeza íntima, vivida. Marcela del Río, la poeta, narradora, autora dramática, historiadora, pianista, pintora, profesora e investigadora emérita, nacida en México en 1932, no pertenece a la categoría de las señoras o señores coquetos que omiten su fecha de nacimiento. Por diversos senderos me ha tocado cruzarme con Marcela en las letras y en la vida, y esto habla de cómo y hasta qué punto Marcela del Río Reyes es una mujer encrucijada, una persona en la que se dan cita los caminos para cruzarse entre sí y crear así un espacio singular de convergencia.

Marcela del Río es hija de Aurelia Reyes, la hija mayor del hermano mayor de Alfonso, Bernardo Reyes Ochoa, el aficionado a la música, el hijo del general legendario que estuvo a punto de suceder a Porfirio Díaz y a quien el escritor mayor de nuestras letras, don Alfonso, comparaba con el Cid, campeador, Ruy Díaz de Vivar. Trae pues Marcela del Río sangre de Reyes en las venas, y a veces, cuando sonrío, me hace pensar en la sonrisa que irradiaba don Alfonso, según atestiguan quienes lo conocieron. Pero quizás no es la figura del escritor el astro que mayor ascendiente ha tenido sobre su vida y obra, sino la personalidad de su madre Aurelia Reyes, la primogénita del primogénito del general Bernardo que aparece retratado sobre las rodillas de su abuelo, seguramente en la casa del mirador, en la página 45 de la novela que Marcela del Río dedicó a su familia y a su madre con el título *La utopía de María*.

Esta Aurelia Reyes resultó ser, como Marcela su hija, una mujer asombrosa e inquietante en las letras y en la vida que formó parte de esas primeras generaciones de

mujeres que a principios de siglo supieron franquear las puertas de la ciudad literaria con las armas de la belleza, con audacia y a golpe de teclado en la máquina de escribir. Aurelia fue una espléndida periodista y narradora y sus crónicas han sido recopiladas por Marcela con piedad filial (quien nos recuerda que un *diario* no es un *objeto* sino un *lugar*). Pero el hecho de ser hija de una brillante periodista independiente y sobrina nieta del mayor escritor de todos los tiempos mexicanos —Alfonso Reyes— no garantizaría la sobrevivencia de la joven muchacha que, primero, ayudó un poco a su abuelo a ordenar sus papeles. Trabajó con Diego Rivera en la organización de su archivo y empezó a interesarse por el teatro, un monólogo que publica en 1957 a los 25 años luego de haber sido discípula de Héctor Azar y Sergio Magaña. A los treinta años lanza un ensayo *La crítica teatral* (1962) y cinco años después en 1967 da a conocer *¿Qué pasa con el teatro en México?* En diversas publicaciones hace periodismo y entrevistas —por ejemplo a J. L. Borges—. El interés y la preocupación por el teatro culminará en su *Perfil y muestra del teatro de la Revolución Mexicana*, antología y caracterización crítica del drama mexicano de esos años, obra publicada en México en 1997 por el Fondo de Cultura Económica y que fue premiada algunos años antes como tesis en la Universidad de Florida. Fue, por cierto, esta obra lo que me llevó a encontrar y conocer personalmente o a reconocer a Marcela del Río. *Perfil y muestra del teatro de la Revolución* salva y ordena el teatro de la revolución, y en particular nos da a conocer a muchos escritores emblemáticos, pero en particular a los escritores anarquistas (por ejemplo, Ricardo Flores Magón) como autores teatrales. Digo reconocer a Marcela del Río

pues al menos de nombre ya me era familiar y cuando nos encontramos a principios de los años 90 yo ya la conocía o creía que la conocía –sin saber que ella también me conocía a mí.

El mundo es un pañuelo, y hay personas que nos revelan esto con una íntima vivacidad. Marcela es una de ellas. Yo la conocía de nombre pues la editorial Aguilar había publicado en 1976 la novela *Proceso a Faubritten*, obra escrita como una suerte de diálogo con Ray Bradbury y sus ideas sobre la historia y la humanidad. (Bradbury, por cierto, conoció el texto y sostuvo con Marcela una interesante correspondencia que ojala algún día se dé a conocer). Pero resulta que antes de saber que Marcela del Río era la autora de *Proceso a Faubritten* yo ya conocía la novela –pues en 1975 el texto había participado en el Concurso Primera Novela, organizado por el Fondo de Cultura Económica donde yo empezaba a trabajar. Una de las novelas finalistas de dicho concurso fue *Proceso a Faubritten*, pero como no resultó ganadora la editorial no tuvo derecho de abrir el sobre donde se empacaba el seudónimo. Hay que decir que en aquellos años, como ahora, la ciencia ficción no era considerada en México como ejercicio literario digno o serio, pero esto prueba cómo Marcela del Río ha estado desde siempre buscando abrir puertas y ventilar el aire intelectual a través de la búsqueda de nuevas formas y temas. Líneas arriba escribí que Marcela del Río también sabía quién era yo y que, en los inicios de su carrera, se interesó por el teatro y practicó el periodismo: publicó en distintos diarios, como el *Excelsior*, y en diversas revistas. Una de ellas fue el *Boletín Bibliográfico* de la Secretaría de Hacienda que a mediados y fines de los años 50 se publicaba bajo la dirección de Raúl Noriega y de Jesús Castañón Rodríguez, mi padre, quien fungía como secretario de redacción. Ahí colaboró la joven Marcela con reseñas diversas sobre libros mexicanos que mi padre le encargaba. Cuando nos conocimos personalmente a principios de los 90, en el antiguo edificio del Fondo de Cultura Económica, en Av. Universidad, justo antes de que la editorial se trasladara a la torre de la falsa inclinación, Marcela me sorprendió con esa noticia. Yo también sabía



Sin título, tinta sobre papel, 112 x 76 cm, 2007

quién era por otra razón. Marcela era conocida en el medio artístico y cultural por haber sido discípula de Arreola, Rulfo y J. A. Ojeda, por ser la esposa del notable violinista mexicano Hermilo Novelo, a quien conoció a principios de los años setenta y con quien compartió veintitrés años de vida, no primeros “sino únicos” como ella dice. Esposo y amoroso amigo, Hermilo y Marcela son ejemplo de una pareja creadora y armónica, lamentablemente rota por el incidente o accidente fatal que se llevó a Hermilo y a su Stradivarius. Sólo otra persona había sido tan querida por Marcela: su hermano, el talentoso y malogrado escritor Carlos del Río, de quien la propia Marcela me ha contado anécdotas tan deliciosas, como aquella de que durante algunos meses se dedicó a vivir de la publicación de parodias de los escritores mexicanos amigos de Alfonso Reyes y de éste mismo hasta que fue descubierto y reprendido. Esa amistad cómplice y fraternal con Carlos del Río, su hermano, fallecido, sería como de los paisajes interiores sobre los que Marcela edificaría su amorosa relación enamorada y admirada con el virtuoso, en todos los sentidos de la palabra, Hermilo Novelo, quien fallecería en un incidente o accidente. Entre 1972 y 1977, Marcela fue segunda secretaria agregada cultural en Praga, Checoslovaquia, y en Bruselas, Bélgica, donde compartió con el violinista Hermilio felices años europeos –amigo y discípulo de Henry Szering–, luego de haber recibido en 1968 el Premio Olímpico de Poesía por su obra *Trece cielos*, de haber sido distinguida con el Premio Juan Ruiz de Alarcón en 1973, por su obra *El pulpo (la tragedia de los Hermanos Kennedy)* y en 1972 con el Premio León Felipe por su antología de cuentos. En 1985, tres años después de la muerte trágica de Hermilo Novelo, publica la antología poética en edición bilingüe, *Tiempo en palabras*, en traducción del poeta belga Marcel Hennart. El libro se divide en cinco tramos: “Raíces del tiempo”; “Tranco del tiempo”; “Ramas del tiempo”; “Huellas del tiempo” e “In memoriam en el no-tiempo”. El libro reúne más de 150 poemas. Este extenso cuerpo verbal está cruzado por dos ejes inquisitivos: las preguntas de la muerte y el sentido, que finalmente terminarán dando forma interior a esta

lucha dura que va en busca de la felicidad, a esta lucha dura que Marcela sabe agonizar y sufrir con una sonrisa en los labios capaz de transmitir el plomo de la duda en la plata de la esperanza y el oro de la unidad *Forma interior*. Esta expresión, en apariencia sencilla, nos lleva directamente a una cuestión esencial para darle al clavo de esta identidad encrucijada llamada Marcela del Río Reyes en quien los caminos de la vida –la suya y la nuestra– se cruzan y nos hacen ver cuán pequeño es el mundo y hasta qué punto dependemos unos de los otros, como si fuésemos, cada uno, pelo de una cabellera llamada humanidad, en este caso, la humanidad mexicana. *Forma interior* es una expresión a la vez sencilla y enigmática, pero que en el caso de esta Marcela del Río cobra una dimensión singular. No sólo porque ella haya sabido practicar a lo largo del tiempo un diálogo con las musas de la poesía dramática, la música, la pintura, la historia y la danza –hasta hacerse ella misma una obra de arte–, sino porque esa práctica ha estado acompañada siempre del amor, la vivacidad, la alegría del encuentro y la pesadumbre y la nostalgia del que sabe que es portador del recuerdo de los seres amados:

“En la sencilla tarde
mientras tocas tu violín
y escribo mis poemas
un soplo de ternura
ilumina las cosas que nos rodea
prestadas y tan nuestras

Estar juntos
es el milagro del duende
que ha soñado ser hombre
y se despierta siéndolo”•

ADOLFO CASTAÑÓN. Escritor y crítico literario. Recientemente fue ganador del Premio Xavier Villaurrutia 2008. Labora en El Colegio de México y es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Correo electrónico: avecesprosa@yahoo.com.mx